

momentos derribaron la puerta, y todos se precipitaron en la habitación, Camila la primera. Vieron á Carlos tendido boca arriba en la cama; miraron la mesita y estaba salpicada de sangre; en el suelo había un charco de ella; se acercaron á la cama y la vieron ensangrentada. De pronto Camila sintió algo debajo de su pie, se inclinó, miró..., y lanzando un desgarrador alarido de terror y repulsión, cayó sin sentido.

Había recogido el dedo índice de la mano izquierda de Carlos.



Y lanzando un desgarrador alarido de terror y repulsión, cayó sin sentido

## FURIO

### I

Érase una vez un joven guapo y nada tonto, como tampoco vano, lo cual es más raro: ó quizás lo fuera, pero de un modo franco y abierto, que no desagradaba. Y no de aquellos mancebos apuestos, que á algunos les parecen regulares y á otros no gustan, sino que agradaba á todos. Se le hubiera podido comparar con uno de esos jóvenes de que hacen mención tan frecuente las novelas francesas y son tan raros por fortuna en el mundo real, que por dondequiera que pasan dejan rastro de desavenencias conyugales, de melancolías de muchachas engañadas, de iras de enamorados, y á todo atavío que adoptan, el novelista hace que caiga sobre ellos de alguna claraboya un rayo de luna ó de sol, y les aplica una similitud sacada de algún cuadro ilustre.

Al pensar que había estado acostumbrado desde niño á sentirse pasar por debajo de la barba la mano blanca de las señoras, á que le besuquearan las jóvenes, á ver siempre á sus padres en adoración ante él, á hacerse perdonar alguna travesura con una salida graciosa, era cosa de maravilla que hubiera crecido sin humo en la cabeza, sin afectación, bueno, franco, llano, que se hiciera querer de todos, ó al menos no desagradara á nadie.

Cuando le gastaban una broma sobre su belleza, él mismo bromeaba, sin que en ninguna de sus palabras se notase el menor asomo de vanidad, y enumeraba con mucha sencillez

ciertos atractivos conquistadores que poseía, de efecto bien probado é indudable, según aseguraba: luego remedaba con mucha gracia sus propios modales y proceder, ridiculizando la cosa hasta tal extremo que disipaba toda sospecha de fingimiento.

Una noche que cenaba con varios amigos, éstos le dijeron que la belleza en el hombre no significa nada, que el talento lo es todo, y que hablando con justicia, el talento era lo menos notable en él: como lo desafiaron á negarlo, contestó: «Sí, todos dicen lo mismo; pero ¿qué es lo que se ve en efecto? Lo contrario. En las novelas son guapos todos los hombres que hacen algo grande ó bueno; todas las mujeres se afanan por tener hijos hermosos; para ayudantes de campo se buscan los oficiales más apuestos; los cómicos, los oradores, los reyes han de ser forzosamente de bella presencia, y de un poeta notable, pero feo, se dice: «Me lo figuraba de otro modo,» y Byron se cuidaba más de su cara que de su gloria, y Leopardi hubiera dado todo su griego por tener unos ojos capaces de encaprichar á Nerina, y Petrarca hablando de sí mismo dice: *forma non glorior excellenti, sed...*, pero soy un hombre bello; y Guerrazzi, bajo la máscara de su Horacio, dice que las jóvenes se volvían á mirarlo; y Murat, cuando le iban á fusilar, todavía pensaba en parecer hermoso después de muerto, y hay ciudades donde no quieren gobernadores feos, y á Cristo lo pintan bello, y á los ángeles, á fin de que resulte más cómodo el quererlos, se los representa altos y esbeltos como jinetes de Saluzzo, ó regordetes y colorados como acerolas; en cambio, en las novelas, en los cuadros y en la imaginación de la gente se pinta siempre feos á los tontos, á los pícaros y á vosotros.»

Además su índole tenía algo singular, y era que á veces se sentía descontento, y más que descontento, avergonzado de

sus atractivos exteriores, y además experimentaba un sentimiento como de menosprecio de sí propio, precisamente porque, como le habían dicho los amigos, su talento no correspondía á su persona, ó para ser justos, la gente no lo tenía tan en cuenta. Era de imaginación abierta, despejada y no carecía de esa viveza y argucia á la que se da el nombre de ingenio; pero habría tenido que ser de muy diferente levadura para que el rostro y el talento se correspondiesen. Esta desproporción le parecía ridícula, á veces humillante, y decía: «Mi alma es como una zafia aldeana vestida de dama elegante.» «¿Está usted enamorado?, le preguntó un día su anciana patrona al verle triste: vaya, no piense en ello; es usted un buen mozo. — Soy un buen muñeco,» contestaba, y en aquel momento se acordaba de una joven á quien había dejado plantada porque le escribió: «Ha padecido usted una equivocación naciendo con alma; pues lo habríamos podido poner en un museo.» Y esta opinión menguada de sí mismo le aquejaba á menudo de pronto, como un dolor de cabeza, en cualquier reunión de amigos y especialmente si habla mujeres; entonces enmudecía, tomaba el sombrero y se marchaba, pues le parecía haber dicho ya tantas tonterías, tantos despropósitos y tantos absurdos, que colmaban la medida de la más benévola tolerancia. Por lo demás, todas estas debilidades probaban que valía algo más de lo que él mismo se figuraba; por lo menos demostraban que tenía un cerebro sano y un buen corazón; un poco alocado, cuando estaba alegre, y un tanto acre, cuando triste: en el fondo, un buen muchacho.

Tenía veintiocho años, cabellos rubios, el título de abogado, alguna hacienda y un nombre tan sumamente raro que no lo podía sufrir: Riconovaldo.

Y ahora principia el cuento.

## II

Eran las seis de la mañana. Furio abrió la ventana y al punto penetraron en su habitación un rayo de sol y una oleada de aire oloroso que le comunicó una suavísima sensación de placer. Miró el cielo, los montes, el jardín de la quinta, dió una palmada en el antepecho y exclamó: «¡Qué hermoso!» y pensó que tenía catorce años y que amaba inmensamente la vida. Un insecto subía por la persiana; alargó la mano para echarlo abajo; «pero no — dijo de pronto, — hoy es día de perdón: ¡vive!» Se rió, se apoyó en la ventana contemplando la campiña y se puso á cantar.

En esto apareció al pie de sus ventanas un coche vacío; una criada salió de la casa y abrió la portezuela, y tres pies largos y secos se pusieron en el estribo, y tres personas secas y largas se apresuraron á tomar asiento, el padre, la tía y la hermana de Furio. Éste se habla retirado un poco.

— Dentro de dos horas volveremos, dijo el padre á la criada.

— ¿Con la señora?, preguntó ésta con expresión de tímida alegría.

— Con la señora nueva, contestó aquél con sonrisa de complacencia, é hizo una seña al cochero, el cual arreó los caballos.

— ¡Un momento!, gritó la tía con voz estridente.

El cochero paró, y del carruaje salió un largo brazo seco con un dedo largo y nudoso, que después de tremolar en el espacio como la caña de un apagador de iglesia, se fijó hacia la ventana de Furio, y la misma voz gritó:

— Vístete y baja inmediatamente.

Furio se retiró de la ventana.

— No importa, dijo el padre con acéto conciliador; déjale en casa; es un estorbo menos.

— Quiero que venga.

— ¡Ea, no perdamos tiempo, es ya tarde!.. ¡Arrea, cochero!

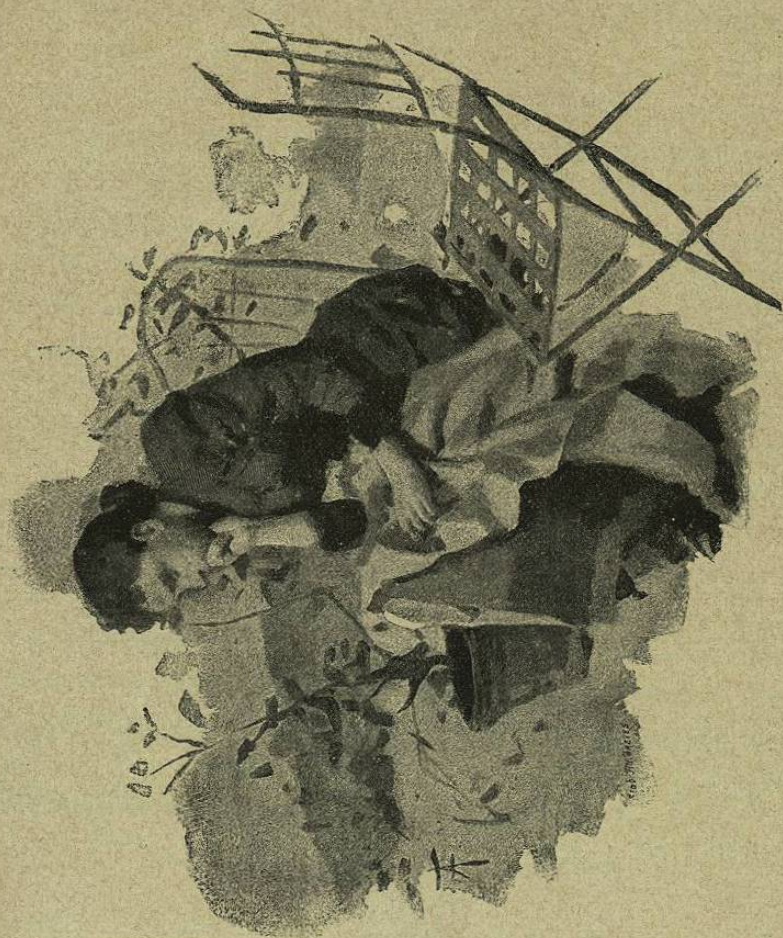
El carruaje emprendió la marcha. Furio volvió á asomarse á la ventana y vió aún á lo lejos aquel largo dedo formidable asestado contra él como una flecha y una fila de dientes amenazadores que parecían el teclado de un piano. El coche desapareció, el muchacho se quedó un rato inmóvil con la vista baja, mortificado. Pero de pronto percibió un olor delicioso de humo dejado abajo por el cochero; corrió á un rincón del cuarto, sacó un cigarro de un agujero de la pared, lo encendió y se puso á pasear. Pensaba que de allí á dos horas llegaría su cuñada, la mujer de su hermanastro, á la que no había visto nunca, y que según decían en la casa, era una señora hermosa, alta, rubia, bien vestida, y tenía mucho gusto en que viniese. Pero no era un placer tranquilo y sosegado: porque Furio era tímido, y un poco oso, como le decía su hermana, ó más bien intratable y rudo, como le decía la tía; y la idea de tener que presentarse delante de aquella señora, en presencia de otros, en mitad del día, y mirarla á la cara, y saludarla y contestarla, cuando en tales ocasiones perdía la brújula y no acertaba á coordinar dos palabras, lo turbaba un poco. Al pensarlo no más, se ponía colorado, no obstante estar solo en aquel cuarto. Figurémonos lo que le sucedería en el momento solemne.

## III

Por lo demás, quien quisiera saber qué género de vida iba á pasar en aquella quinta la cuñada de Furio, lea la siguiente

carta, escrita por su hermano, que había estado allí unos diez días el año anterior, y dirigida entonces á uno de sus mejores amigos.

«El muchacho, Furio, ha vuelto al colegio, que dista una hora de aquí, al día siguiente de mi llegada. Por lo poco que he podido ver, me parece lo mejor de la casa, pero no le quieren mucho. Su hermana, Cándida, se pasa todo el día metida en su cuarto, y no puedo decirte á punto fijo lo que sabe; pero dada la vida que lleva, preciso es que sepa poco; se consume, se ve que padece, y aún no tiene veinte años. No la tengo por mala, es una de esas jóvenes sin gracia como tantas se ven entre las profesoras de piano y las que cuidan del guardarropa de los orfanatos, sin fibra, sin sangre, sin curvas, que viven y mueren castas del mismo modo y por la misma virtud que las figurillas de yeso. Alta, delgada, con una cara afilada de gazmoña, peinada como una Virgen, con los cabellos lisos y pegados; no es fea, si bien se mira, pero nada más. Para mí es como si no existiese: no me habla, no me mira, no parece sino que no me ve. Así es que tengo que pasar todo el día mano á mano con estos dos viejos, ambos fastidiosos hasta el punto de apurar la paciencia del mismísimo Job: inspiran más repulsión que fastidio. Él es inspector de propiedades del Estado, con licencia, y tiene una cruz. Planta cuatro estacas en una de esos bustos de madera de los barberos de aldea, y tendrás su retrato; mucha gravedad, mucha presunción, ignorante y vano en alto grado, con esa vanidad mezquina y hueca que se da á conocer especialmente en los empleados del gobierno. Funde un ujier presuntuoso con un alcalde de monterilla que se las eche de grande hombre, y te resultará ese individuo tieso como un palo, con sus carrillos hinchados y con su sempiterna sonrisa de compasión. Es cortés; pero con esa cortesía que se juzga



Se consume, se ve que padece y aún no tiene veinte años

necesaria como velo modesto de la importancia y afable temperamento de la autoridad; cortesía que baja de las alturas y parece decir: «Me digno hacer esto.» Creo que apenas tiene corazón, ó que lo tenga embotado por falta de uso. La hermana es peor. Por su figura parece una furia; y más aun por su alma, si es que la tiene; pasa de los cincuenta, es seca, angulosa, llena de puntas, con una cara bronceada, de esas caras relucientes que parece que se hayan dado una mano de barniz. Tiene todo su carácter en la boca, la cual no es boca, sino un corte largo y sutil hecho con un cortaplumas, siempre cerrada, hasta cuando habla, lo cual sucede pocas veces á Dios gracias. También es viuda como su hermano (fortuna han tenido los difuntos); pero me parece que nunca lo ha notado, porque nunca debè haber sentido nada, y es un pliego de pergamino mal encartonado; y además, lunática, inquieta y pendenciera. La verdad es que no acierto á comprender por qué dentro de ese cuerpo debe haber un alma inmortal. Por la noche él se dedica á escribir sus comunicaciones oficiales, la hermana hace calceta, yo toco el piano, leo, hablo; ninguno de los dos levanta la cabeza; solamente él de vez en cuando me echa una ojeada por encima de sus gafas, y con su sonrisa protectora me responde: «Es verdad,» y vuelve á escribir. Cree que me siento hormiguar algo por los dedos...»

La carta llevaba la firma de Riconovaldo.

## IV

Dos horas después paró el coche á la puerta de la quinta. El hinchado inspector se apeó el primero, y alargó una ancha mano rugosa, en la cual se sumergió y desapareció la manecita blanca de una hermosa señora, que saltó al suelo con tan-